

valer por el oro nativo encerrado en sus prolíficas entrañas: había de valer por su trabajo, por su industria, por las producciones del arte y del pensamiento humano, que comenzando en bujerías como las dadas á Guacanagari por Colón, acaban en la máquina de vapor, en el comunicativo telégrafo, en el teléfono, en el pararrayos, en la centella eléctrica del cielo, tan temida, puesta como alba luz misteriosa en la frente del género humano, redimido de la servidumbre y coronado por tan etérea diadema. Sin embargo, la humanidad no conoce á primera vista los bienes múltiples que le granjea el trabajo, y no suele, sino con mucho tiempo y con muy larga experiencia, enterarse de los opimos resultados del progreso. Los altares de la gloria y de la inmortalidad están todos fundados en aras de sacrificio y piden á una holocaustos cubiertos por vapores de sangre. La fábula de Prometeo, la historia de Sócrates, el Gólgota de Cristo, debían repetirse aquí en el descubrimiento de América, trocándose, por una fatalidad, en desengaños horribles las más legítimas esperanzas, y mordiendo como víboras venenosas á sus propios autores los benéficos progresos que más habían de utilizar en lo porvenir la humanidad y la tierra.

Historiemos. El Almirante pensaba establecer una población en la Española; pero desistió de señalar sitio tan infausto como aquel donde se levantó la desaparecida Natividad. Movióle á este desistimiento, no tan sólo su propia pena por lo sucedido, el consejo de su aliado indicándole otros más propicios y favorables territorios. Aunque los exámenes médicos del cuerpo de tal reyezuelo y las capas moriscas, así como los arambeles andaluces, encontrados en las chozas de sus siervos, indicaban un proceder bien contrario á los españoles, enardeciendo las exigencias de Buil contra la pérfida tribu; el pago de la visita hecha por el Almirante al cacique se puntualizó con reciprocidad por éste, y las advertencias oídas con atención tanta por Colón se dieron por el cabeza de aquellos naturales con verdadera honradez. Razas de suyo pueriles todas estas razas primitivas, á to-

das las emociones dispuestas como los niños, facilísimas en pasar del odio al cariño y del miedo á la confianza, olvidaron pronto los desórdenes y las discordias de los españoles allí muertos, para de nuevo acatar como sobrenaturales á los que llevaban en esta segunda expedición artefactos múltiples del trabajo é industria con tipos de animadas especies, tan superiores aquellos á sus humildes enseres como éstos á sus animales domésticos. Las espadas relucientes como siniestros cometas; las espingardas fulminantes como tempestuosas nubes; el cañón preñado de muerte, y tan poderoso y tan rápido en la obra y hechura de sus estragos como las fuerzas destructoras en el universo; aquellos trotones con sus jinetes, considerados como sobrenaturales monstruos por gentes que nunca los habían, en su ignorancia invencible, no ya visto, ni siquiera imaginado; los reverbeos de las lanzas, en cuyas aristas el sol se rompía, y los crujidos de las banderas multicolores, dadas al viento, así como las armaduras, en cuyo acero los cuerpos se encerraban, y los penachos parecidos á celestes aves posadas sobre los cascos; todas las circunstancias de los recién llegados infundían terrores análogos á los muchos de que tantas religiones han brotado, y despertaban culto y obediencia como los ofrecidos á tantos y tantos dioses, en las supersticiones del alma que generan innumerables mitologías. De todo debía Colón aprovecharse para la gigantesca obra del comienzo de la civilización cristiana en el recién hallado mundo, cuya importancia no pudo conocer después de haberlo descubierto, cual Moisés, después de haber guiado los israelitas hacia la deseada predilecta tierra, no pudo llegar á su seno y morir en su regazo. Apresurábase Colón á establecer colonia con mayor motivo en vista de lo difícil que para él era la vida errante marina, en la cual se facilitaban mucho las frecuentísimas fugas de indígenas huídos á las seducciones del mundo culto y católico, como verdaderamente añorados de su libertad y de sus selvas. Á diez leguas de Monte Cristi establecieron la ciudad llamada Isabela, en recuerdo de la Reina, den-

tro de lugar á esta clase de colonias muy propicio, por lo puro del aire y lo fértil del suelo y lo abundante del agua y lo copioso del material de construcción y la suma de condiciones favorables, que le auguraban un destino bien opuesto al que tuviera la desgraciadísima Natividad. Mas, para construir un establecimiento así, necesitábase del universal trabajo; y para emplear el universal trabajo, necesitábase del auxilio y del concurso de todos los recién llegados; y para obtener el auxilio y el concurso de todos los recién llegados, necesitábase que tanto grandes como chicos, patricios como plebeyos, pobres como potentados arrimaran el hombro á la común obra y empleasen las fuerzas personales suyas en el colectivo esfuerzo. Trasladaos desde un tiempo como el nuestro, de industria y trabajo, á un tiempo como aquél, de guerra y combate; pensad en los privilegios que todavía separaban á unos ciudadanos de otros y en los abismos que á manera de fosos encastillaban los altos en sus fortalezas y sumergían á los pequeños en el polvo de sus terruños; medid el menosprecio sentido por la hidalguía ociosa y por los caballeros que la representaron al trabajo y al comercio, á todo lo manual y útil, tenido generalmente arriba por deshonoroso; y decidme cuál afecto sentirían de cruel desengaño los idos allí al llamamiento de una soñada riqueza extendida por todas partes, á flor de tierra, y puesta en sus manos por el mero conjuro de la personal presencia suya, como llovida del cielo, encontrándose con la corvea de una jornada diaria sin jornal y con el deber de arrancar piedras al suelo y sobreponerlas en paredes y murallas como los últimos albañiles, cuando habían soñado con hallarse tras los arrestos de una expedición tan temeraria y los contratiempos de unas tan procelosas navegaciones, elevados al carácter y al poder y al oficio de verdaderos reyes. Trabajar los guerreros, en tiempo de verdadera esclavitud, sobre la tierra y con los brazos; empleando las fuerzas ennoblecidas en la vega de Granada para serviles oficios; parecíales una terrible abominación, y realmente á sus ojos era como un descenso en

las escalas del ser y de la vida, como una retrogradación desde la naturaleza nobilísima de dioses á la vil naturaleza de bestias. Luego, aquellas fecundas campiñas, hinchadas de savia y cubiertas por espesos toldos de ramaje, y con las alfombras de una vegetación lujuriosísima, donde se hundían como en los abismos oceánicos el náufrago, y se enredaban como en las redes el ave, no producían frutos gustosos al paladar de los españoles y asimilables á su estómago y á sus fibras.

Faltaba el bizcocho llevado de allende, y había necesidad imprescindible de levantar molinos para procurarse harinas con que amasar lo necesario al sustento continuo; con todo lo cual, aquellos, que habían ido allí por oro, se hallaban sin pan y en el caso de maldecir la hora en que asintieron al reclamo de tantas promesas y zarparon en pos de una engañosa felicidad. La escasez de bastimentos, menguados á la vista, para su alimentación; la frecuencia de calenturas, despedidas por los miasmas de un suelo removido; la triste alongación del hogar patrio, cada día echado con mayor tristeza de menos; la falta de sueño, consiguiente á las vigiliadas pedidas por mares no surcados y por tierras ignoradas; tanta y tanta contrariedad como trae aparejada una exploración bien diversa de las soñadas bienaventuranzas, postraron á todos en cama, y con todos al mismo Almirante, apenado y fatigadísimo de aquel doble combate con los elementos y con los hombres, capaz de herir y perder á la naturaleza más fuerte y más robusta con sus terribles golpes. Pero había menester de una grande actividad, y á brazo partido luchaba con las horribles abrumadoras fatalidades. Y por lo mismo que luchaba con la fatalidad, promovía uno tras otro natural obstáculo, surgidos todos en su contra, por el conjuro mismo de sus ideas y por el esfuerzo de su voluntad, como si luchase, amén de con todos los demás, consigo mismo, en tan titánica guerra. Y así, enardecido por la fiebre, con los ojos fuera de las órbitas, pegado el pellejo al hueso como en la figura de un penitente asceta, moviéndose cual en una especie de sonam-

bulismo, donde se confundían el sueño y la vigilia, el pensamiento y el delirio, ordenaba lo necesario á la construcción de ciudad tan importante como la Isabela, y disponía lo necesario para dar con aquella Cibao, tantas veces descrita por los indios y por él considerada como la Cipango áurea de las tradiciones asiáticas, creyendo todavía estar en el viejo mundo después de haber ya encontrado el nuevo. Era necesario desvanecer el desengaño sufrido por los exploradores y cosechar el oro aguardado de tantas promesas. Unas minas como las de Cibao presentaban ocasión á lo primero, y un capitán como Alonso de Ojeda tenía medios en su actividad y en su coraje de acaparar tal sitio y unirlo con los dominios de Castilla. Colón expidió á Cibao al capitán Ojeda. Ninguno de los expedicionarios personificaba como este guerrero heroico la edad aquella de combates y de conquistas con que concluía y terminaba la Edad Media. Su armadura parecía más de él que su cuerpo mismo. Su fuerza nunca se paraba ni detenía delante de ningún obstáculo. En los naufragios parecía, según su nadar, un pez; en los asaltos un pájaro, según su vuelo; en los combates, con mahullidos de tigre daba zarpazos de león. Las postreras campañas del poema de la reconquista le habían servido para esgrimir toda clase de armas y correr todo género de aventuras en una vida más propia de la poesía que de la historia. Pertenece de suyo á los que penetraban de pronto en los torneos árabes, retando cien contra uno; y á los que trocaban un tronco en chuzo, machucando compañías enteras de fuertes enemigos; y á los que clavaban, tras una correría entre las huestes moras, el dulce nombre de María en los portones de Granada. Una vez que la Reina Católica miraba desde lo alto de la Giralda el abismo profundo allá abajo, él, muy erguido y muy gentil, corrió sin vacilaciones y sin temores por un palo tendido desde la torre sobre él vacío, con general asombro del público, que no podía comprender ni lo seguro de la cabeza, ni lo fuerte y lo animoso del corazón. Ancho de espaldas, nervudo de brazos, fuerte de fibras, aceradí-

simo de músculos, hercúleo de huesos, resistente al dolor hasta frisar con la paciencia de un mártir y corajudo en el ataque hasta dejar tras sí á los más temerarios combatientes; aquel hombre sólo tenía un defecto: el ser bajo de estatura, no obstante su fortaleza de cuerpo. Mas en el combate crecía como enorme gigante, cual sus hechos semejaban soñada fábula. Este hombre fué á Cibao por mandato del Virrey, con grupo cortísimo, en correría temeraria. No tuvo que apelar entonces á la fuerza; se le rendían los indígenas de grado y le dejaban su camino libre. Por tales excursiones vemos que aun en la Española no había nacido el sentimiento de propiedad, y que la vida en común, presentada por todos los utopistas de la Historia, tenía un vigor tal allí, que todos los objetos entraban en el acervo colectivo, perteneciente á todos, sin que se distinguiese lo propio de lo ajeno en aquella primitiva confusa indistinción, semejante á rudimentario protoplasma, donde se guardan familias y sociedades futuras como la flor y el fruto en los cerrados gérmenes.

Poco después de la Isabela encontraron unos campos edénicos los exploradores, llamándolos Vega Real, y poco después de la Vega Real encontraron el criadero de oro, llamándolo Cibao, como los indios, pero uno y otro encuentro imponían sumo trabajo; y el trabajo repugnaba con repugnancia invencible á los colonos idos á recoger metales preciosos, no á derramar sudores acerbos. El disgusto general se personificó en un hombre; y este hombre urdió una conspiración. Llamábase Bernal de Pisa el conspirador y había pasado de alguacil de la corte á contador de la flota. El exceso de fatiga y la falta de alimento le habían movido á conjurarse contra Colón; y la conjura le había llevado á expresar en amargos plañidos los agravios que creía llevar en el alma como heridas abiertas por las obras y por las palabras del descubridor. Así trazó el memorial correspondiente de quejas con ánimo de dirigirlo á la Reina, encerrándolo, para precaverlo de toda pesquisa, en una boya. Pero esa boya se

descubrió; y fué á dar como cuerpo de delito en manos del Virrey, que se apercibió á ejercer sus facultades como administrador de justicia y á reprimir con violencia y reparar con castigos aquella rebelión, cuyo contagio debía contrastarse por medio de la mayor severidad. Así Pisa fué preso y atado. El artificio de las aceñas para los molinos había costado grande trabajo; y este trabajo traído gravísimas enfermedades; y estas enfermedades necesitado remedios regateadísimos por la sobrada previsión y parquedad del Almirante á las que llamaban los malheridos miseria y codicia. Mas no aparecía tan grave la rebelión abierta de Pisa contra Colón, cual una resistencia hipócrita, desde los comienzos de aquella segunda exploración, al explorador opuesta por los eclesiásticos llevados á bordo para ejercer su divino ministerio en los cristianos y bautizar á los indios. Religioso Colón hasta el punto de pertenecer á la Orden Tercera de San Francisco, y rezar como si viviese vida de monje, sus libros piadosos y de horas á diario, no había llevado ningún eclesiástico al primer viaje y llevaba muy pocos al segundo; si habemos consideración al fin que debían cumplir tan alto y al imperio que debían tener entonces las ideas religiosas y teológicas, así sobre las conciencias como sobre los ánimos. El delegado apostólico debió tan increíble designación á su capacidad intelectual y á sus aptitudes morales; pero su virtud enérgica y su temperamento robusto y su voluntad firmísima, calidades indudablemente de primer orden para un estadista civil, aparecían como despegos y desabrimientos en este ministro religioso. Estuvo largo tiempo de buenas con el descubridor. Bendijo sin duda el viaje aquel, en que las islas iban apareciendo como nereidas de la fábula en los sendos costados de las naves; y una especie de cielo dilatándose bajo el corte de las quillas. Confiado en la cosecha de gran suma de bienes, crecían sus esperanzas al contacto con aquellas fulguraciones de vida. Pero se le vinieron encima todas estas esperanzas y lo aplastaron; así que vió el reverso de la medalla, es decir, una fortaleza tan bien

aparejada como el castillo de la Natividad en ruinas, y una guarnición tan animosa, como la que allí quedó, muerta y sacrificada por los indígenas. Vino la primer discordia entre Colón y Buil de la benignidad empleada por el Almirante con las tribus á la Natividad cercanas y con su cacique, merecedores, en concepto del monje, de un grande castigo. Y sobrevenido el disentiimiento, se agravó al choque de las dos inteligencias y de las dos voluntades aquellas. Buil creía su poder eclesiástico, delegado del Pontífice, con facultades para inmiscuirse á su arbitrio y á sus anchas en asuntos civiles, como Colón creía su poder político, delegado del Rey, con facultades para inmiscuirse á su arbitrio y á sus anchas en asuntos eclesiásticos. Disintiendo á cada paso uno con otro; el sacerdote negaba sin escrúpulo al seglar los auxilios espirituales y el seglar negaba sin empacho al sacerdote los auxilios materiales. Reprodúcese aquí la eterna discordia entre la potestad espiritual y la potestad temporal.

Así como la epopeya fabulosa del antiguo mundo, la Iliada de Homero, comienza por un disentiimiento entre Agamemnon, monarca, y Chryses, sacerdote; la epopeya histórica del mundo moderno, la invención de América, comienza por un disentiimiento entre Buil, delegado de los Papas romanos, y Colón, delegado de los Monarcas españoles. Sin embargo, cuando, comenzada la Isabela, Colón expidió ciertas naves correos á la corte, mientras Pisa maquinaba perder al Virrey en la consideración de los Reyes, y denostaba su obra y le decía embustero á boca llena, por lo cual se atrajo un castigo del denostado jefe y la consiguiente prisión, Buil, por todo extremo loaba los viajes y describía las islas descubiertas en perfecta consonancia con el descubridor. Pero, dejando aparte la diferencia por el asunto de Guacanagari suscitada, lo que más determinó la enemistad y discordia entre ambos fué aquella provisión de bastimentos, tasada para todos por Colón y que Buil no juzgaba extensible á los eclesiásticos, quienes debían quedar exentos de las limita-